

FE Y PODER EN RICARDO GARIBAY

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Ricardo Garibay fue un católico. Fue también un creyente. No siempre combinan esas vocaciones. Garibay tuvo fe a pesar de la religiosidad rijosa, beligerante en la que fue educado. Alumno de una *escuela escondida*, las que el catolicismo creó al ser instaurada la educación socialista, vivió el clima de la *segunda persecución*, fue una suerte de *cristero* escolar. Pero una intensa vida interior lo condujo al desgarramiento, ajeno y lejano de la comodidad del practicante rutinario.

Niño sujeto a rigurosas disciplinas familiares, oscilaba entre el hartazgo del rito mecánico y la aspiración a la santidad. Así: Anda, mañana es Domingo de Ramos. Allí comenzaba el calvario, pues aunque el día siguiente era de alegría, era también víspera de la sombría semana donde habríamos de rezarle sol a sol, hurgar en lo horrible del pecado y reabrir alma adentro cada una de las heridas de Jesús. Había que padecer a fondo y sin gana y en plenas vacaciones." Pero también: "Están clavando al Señor. El Señor agoniza. Nos acercamos a las tres de la tarde, las tres terribles de la tarde, temidas segundo a segundo desde hace cinco días. Estamos a la orilla del abismo. Jamás hubo ni habrá mayor desgracia en este planeta hecho de negruras y de ingratitudes. Nunca fue más elevada y tan sin mérito propio mi deleznable condición. Humíllate. Reza. Adora con toda tu alma el minuto que se avecina. Jesús está diciendo sus frases inmortales. Depón toda tu vanidad. Desnúdate. Bebe el cáliz que el Hijo de Dios te ofrece. Espera. Ténte allí. Faltan unos instantes. Ya. Ahora. Entrégate. El aire se espesa hasta la solidez. Está muriendo mi Redentor. Acaba de morir. Está muerto. Soy el más deleznable de los hombres."

Cuando Garibay reconstruye literariamente esas vivencias religiosas infantiles se aproxima a los sesenta años. Ha sido y dejado de ser un escritor católico. Lo fue en todos los sentidos de la expresión, no sólo porque se le bautizara, sino por varias señas de identidad: mantuvo su inclinación religiosa (estudió en El Colegio de México a los místicos españoles y sus días terminales fueron hermoeados con la lectura insistente y la enseñanza asidua de *El cantar de los cantares*); se dio a sí mismo una culturacatólica (lector de Bernanos, de Mauriac, de Simon Weil, de Leon Bloy, cuyo tono imprecatorio le es tan familiar y semejante) y de su catolicidad extrajo los temas que más hondamente le preocuparon, lo asediaron: la Gracia, por ejemplo.

Una de sus novelas principales, *Beber un cáliz*, que narra la pasión y muerte del padre escritor, puede ser leída como una historia de purificación por el dolor, el dolor como camino y meta de la condición humana: "También le dije que Jesús está con él; y no reaccionaba con torrentes de lágrimas ni con súbitos descansos milagrosos como cuentan de tantos moribundos las beatas; cerraba los ojos asintiendo, y sufría. Y es que la bienaventuranza se conquista aquí abajo, desde aquí abajo, a fuerza de uno mismo; y él la está conquistando hora tras hora, hasta acumular millares de segundos de asfixia, de cansancio, de angustia, de desesperanza, de miedo, de tristeza, de dolores físicos, de horrores visuales, de exasperaciones como púas para hacerse entender. Jesucristo no tiene que presentarse a calmar al moribundo por el conjuro de un hijo falaz. El pagó ya por el moribundo. La bienaventuranza para el moribundo está asegurada, pero éste debe trabajar, alcanzarla, remontar la agria cuesta del dolor. Sólo así me explico esta agonía que no acaba."

Al año siguiente, en 1966, Garibay perdió la fe. Sonreí al leer la entrevista donde reprodujo esa confesión. Recordé la repetida sentencia de escrupulosos asistentes espirituales: la fe no es un objeto, un peine, un llavero, que se extravía. Lo cierto es que en la friega de su terrenalidad creciente, la pecaminosidad a que abrió anchos cauces, y su ansia de trascendencia, Garibay eligió la vida de hoy, no la ofrecida por la religión hacia el futuro. Dijérase que su fe entró en receso. Pero sólo aguardaba el momento de reinstalarse como duda perpetua (¿qué, si no eso, es la Fe, aunque haya quien busque presentarla como una certeza?).

La causa inmediata de ese reencuentro fue la lectura de un libro de Paul Johnson, *La historia de los judíos*. En sus páginas Garibay descubrió que "el ímpetu de gloria, la certidumbre de eternidad suprema y la abismal humillación con que Jesús se viste, a que Jesús se somete, sólo pueden darse en la más íntima entraña de la naturaleza judía. Lo mismo su ilimitada voluntad de perdón, su amor a través de los destrozos y escupitajos".

Y concluye, contradictorio, con una sola línea: "No soy creyente. El libro de Paul Johnson ha abierto una hendidura en la ceguera de tantos años."

El escepticismo político de Garibay fue más resistente que su agnosticismo, sólo virtual y pasajero. El poder político lo asqueaba. Le repugnaba de verdad aunque acrecentara teatralmente su repulsión y con ella ahondara la contradicción permanente que es la condición del autocrítico: vivió anhelante del favor del poderoso, a plenitud, consciente de lo que significaban esa gracia y ese poder.

Tal vez la primera imagen de la autoridad arbitraria que conoció Garibay fue la que victimó al cartero Simón Fe Martínez, despedido porque no vestía el uniforme de casimir azul que la oficina de correos no le daba y él no podía pagar. O la del anónimo inspector escolar que incumplió su deber de hallar aulas disfrazadas "y resultó muy comedido, que si le aceptaban a su hijo en la escuelita y el propio inspector se encargaría de que la zona le fuera encargada para su vigilancia, con lo cual ya no habría más problemas".

Sufrió, gozó, vivió Garibay el poder de la burocracia al ras del suelo: inspector de precios en el gobierno capitalino en la era de Casas Alemán, fue parte del tinglado en que el director correspondiente llevó, lo primero, a sus paisanos "a todos los puestos disponibles; lo segundo, a acarrear al catre a todas las mecanógrafas, *de grado o de a güevo*, como dice el clásico, y ellas lo hundieron al final; lo tercero, organizar el trinque sin fisuras, al grado de poner una oficina al lado del edificio oficial en la calle Palma, donde un estrecho carnal recibía el pago de las infracciones que los inspectores levantábamos, y eran muchas diariamente, y aquel amigo hacía considerables descuentos".

Practicante, observador y víctima de la corrupción, Garibay conoció a poco sus contornos más amplios. El presidente Alemán designó secretario de Bienes Nacionales a Alfonso Caso, apenas cumplida su misión de volver la paz a la Universidad Nacional y darle la ley orgánica que la rige hasta el día de hoy. Allí lo vio Garibay afanoso "en organizar una burocracia eficiente y honesta", aunque "en las infanterías era traicionado con esmero". Pero arriba, contó a Garibay Alfonso Salas Ortega, "en el primer nivel de la política sí comenzaba a sentirse su trabajo. Capitaneados por Rogerio de la Selva, secretario particular de Alemán, cuatro secretarios de Estado pusieron en jaque al presidente, nosotros o Caso, porque si es Caso nos vamos, renunciamos. Eran Ramón Beteta, secretario de Hacienda; Fernando Casas Alemán, jefe del Departamento Central; Agustín García López, secretario de Comunicaciones, y Antonio Ruiz Galindo, secretario de Economía. No sé cómo estuvo esa presión ni cómo se dieron los obligados diálogos que se dieron —y quien vivió todo eso no quiere contarlo—, pero el hecho es que aquellos cuatro y el astuto De la Selva eran influencia excesiva para cualquiera en aquel gobierno. Caso tuvo que retirarse..."

Garibay supo después, ya no sólo de oídas, de las cosas del gobierno. Julio Scherer lo invitó a escribir en *Excelsior*, cuando todavía no era director general, y su trabajo como articulista "comenzaba a hacerse ver". Había sido amigo, en los años de juventud, de Luis Echeverría, ya secretario de Gobernación. Pero enhebró una amistad más clara con Norberto Aguirre Palancares, jefe del Departamento Agrario, quien lo acercó a Díaz Ordaz. La primera vez, según Aguirre Palancares, para salvarle la vida, aunque lo saludara sólo durante cuatro minutos: en la Procuraduría General de la República se concibió un atentado contra el escritor. Y el canoso ingeniero agrónomo puso el antídoto: "Si usted ve al Presidente —explicó años más tarde Garibay— se sabe que vio al Presidente. Eso basta. Cualquier peligro que lo amenace desaparece."

Díaz Ordaz permitió u obligó a Garibay a ser testigo de su desempeño, de la gestión descarnada del poder presidencial. Un ejemplo: Garibay preguntó por Agustín Yañez, su antiguo profesor de literatura. Y, dos meses y medio después del 12 de octubre, regurgitó la voz presidencial.

"¿Ese? Ese es un ídolo. En realidad no sé que hace ahí, porque educación no la mamó. Dice que le enseñaron a escribir, pero no le enseñaron a hablar. Ya lleva semanas haciéndose buey. Venga, venga usted a los acuerdos que tengo en esta oficina, para que vaya usted conociendo a la ralea del primer nivel."

"Semanas después estaba yo allí mismo, como siempre un poco disimulando mi presencia, un poco apenado porque Díaz Ordaz no soltaba su habla tabernaria ni su desprecio, y los secretarios de Estado enmudecían, salían pálidos y temblorosos. El secretario de Educación estaba hablando casi en secreto y entregaba, hacia el fin del acuerdo, un papel al Presidente. El Presidente leyó el papel, lo rompió en cuatro pedazos y arrojó los pedazos hacia el secretario y alzó la voz:

—Se ha tardado usted más de la cuenta. Y ya debería saberlo: a mí ningún hijo de la chingada me renuncia. ¡De qué forro le salió...! ¡Váyase a cumplir un poco mejor su cometido!"

Testigo de calidad literaria, adosado al poder que detestaba, por cuya cercanía provechosa esperaba ser disculpado porque el fruto de esa proximidad le permitía la escritura admirable, Garibay vivió crucificado entre la creencia y la incredulidad, entre el escepticismo y las complicidades. De su lucha contra el demonio salió vencedor su genio estilístico, su destreza excepcional para ver lo que se vive y hacerlo nuestro, de todos.